

BOLETIN MENSUAL DEL SANATORIO QUIRÚRGICO DE ALMAGRO

Director: **Huberto Domínguez López**, Especialista en enfermedades de las vías urinarias

Este BOLETIN se reparte gratis entre la clase médica.— Toda la correspondencia al Director

SIGUIENDO NUESTRO CAMINO

Al entrar en el segundo año de publicación esta modesta revista, nos cabe la orgullosa satisfacción de decir que, salvo rarísimas excepciones, ha sido vista con agrado por la mayoría inmensa de los compañeros de la Provincia. Hemos recibido cariñosas y muy estimables felicitaciones, así como también algunas observaciones y consejos que hemos sabido apreciar en todo su valor. Por algún distinguido compañero, hemos sido cariñosa y noblemente censurados en cuanto a la claridad con que han sido expuestas ciertas cuestiones y la franqueza con que hemos abordado algunos asuntos. Agradeciendo desde luego estas censuras, hemos de decir que, la índole de ciertas cuestiones y el noble fin que perseguimos, nos obliga a plantear ciertos temas con franqueza absoluta y meridiana claridad.

¿Cómo hemos de intentar la destrucción del caciquismo, si no es presentando al cacique que de ello sea merecedor, con toda su impúdica y repugnante desnudez? ¿Cómo hemos de perseguir y tratar de aniquilar el esquirolismo profesional, si no es desnudando al esquirol y sometiéndolo a una escrupulosa disección ante la clase? Hay cuestiones que no admiten ser tratadas bajo un disfraz y esta es una de ellas. Allí donde haya un cacique que perjudique a la clase, allí estamos nosotros para atacarlo. Allí donde haya un compañero que con sus actos indignifique la profesión,

allí estamos nosotros también para desenmascararlo ante la clase.

Especial interés por parte de todos debe ser purificar la profesión, tratando de sanear lo enfermo o extirpándolo radicalmente, si no es susceptible de saneamiento; labor que no puede hacerse con contemplaciones, con tapujos; ha de hacerse con claridad, con decisión, con valentía. La clase es antes que el individuo; así pues, es de absoluta necesidad defender a la clase, aunque sea a costa del individuo, labor en la que, en mi concepto, debían intervenir todos los médicos, sin miramientos ni contemplaciones de ninguna especie.

Firmes en esta creencia, es por lo que, deseáramos que en la obra purificadora que intentamos de engrandecimiento y dignificación de la clase, nos prestasen su valiosa ayuda todos los compañeros sin distinción, suplicando a los Colegios Médicos, donde también mandamos esta modestísima publicación, nos remitan para ser publicados, todos los casos que en su demarcación ocurran, de inmoralidades profesionales o de abusos caciquiles. Si con nuestra actitud no conseguimos *enderrezar entuerteros o desfacier agravios* al menos nos cabrá la satisfacción de haberlo intentado, con lo que justificaremos que por algo y no en balde, hemos nacido en esta célebre e hidalga tierra.

Deseando pues felicidades a todos los compañeros, siguiendo siempre a su disposición de modo incondicional, con las miras puestas en la busca y captura del bien para el engrandecimiento de la profesión

y con la tranquilidad de conciencia de haber obrado siempre con justicia absoluta y gran elevación de miras, continuaremos impertérritos el camino emprendido.

AVISO

A LOS

CLIENTES MOROSOS

Tengo advertido con exquisita delicadeza y corrección a una porción de clientes en extremo distraídos cuando de abonar honorarios se trata, que yo, ejerzo la profesión por la misma razón que ellos su industria o su comercio o su ocupación o ejecutan el trabajo de aquello a que se dediquen, porque la necesito para vivir.

Por esta poderosísima razón, deben comprender que me es de absoluta necesidad cobrar mis honorarios, a cuyo efecto les he advertido en más de una ocasión, de palabra y por escrito, que con el fin de darles facilidades para efectuar el pago, les agradeceré infinito tengan la amabi-

lidad de satisfacer mensualmente, siquiera sea el 10 por 100 de la cantidad que adeuden, lo que no creo pueda considerar nadie, como una intolerable exigencia.

A pesar de esta consideración por parte mía, veo con disgusto que hay algunos que no abonan nada, o que debiendo ciento o más pesetas, cometen la incorrección, y la ofensa (ya que puede considerarse como una burla), de abonar una peseta el mes que la abonan.

A estos desagradecidos frescos, debo advertirles que yo no pido limosna y que si continúan correspondiendo a mi delicadeza en forma tan incorrecta, aparte de llevarles al Juzgado, publicaré sus nombres en este BOLETÍN, en sección que abriré al efecto desde el próximo número, y publicados seguirán mientras dure la deuda. Mucho sentiré tener que tomar esta determinación, pero de ellos será la culpa, ya que, como verá todo el mundo, yo sólo exijo una cosa en extremo razonable y factible.

H. DOMÍNGUEZ



RESPONSABILIDAD PROFESIONAL (1)

Nada menos que doscientas mil pesetas reclama a su oculista un enfermo de Barcelona como indemnización de daños y perjuicios, por el desfavorable resultado que obtuvo, en una operación que aquel le practicó.

El caso, expuesto así escuetamente, se presta desde luego al humorismo, no del pobre enfermo, claro está, y menos si perdió la vista. Al humorismo del público me refiero. Pero si nos fijamos detenidamente, veremos por desgracia, que no es para tomarlo a broma. Es un caso muy serio.

La sociedad oftalmológica, dice, y con razón, que tal petición debe ser en absoluto rechazada, pues, de ser atendida, los médicos en general estaríamos a merced de cualquier cliente que en determinado momento quisiera irrogarnos un perjuicio, con lo que el ejercicio de la profesión sería imposible. Pero la sociedad en general, dice también, con tanto o más fundamento que la oftalmológica,—y si no lo dice a voces es por que no sabe decirlo,—que si bien es cierto que en la mayoría de los casos, el médico no es responsable del resultado desfavorable de una intervención, en otros muchos, bastantes por desgracia, sí lo es, y en ocasiones, hay dos responsables; uno inconsciente, el médico: otro consciente y bien consciente, el que lo buscó.

A demostrar este hecho, sin prejuicio alguno, con todo desapasionamiento, con las miras puestas solamente en el bien de la humanidad, en el verdadero amor al prójimo, van encaminadas las siguientes consideraciones, sobre casos que se ven a diario y que constituyen un verdadero sonrojo, tanto para la sociedad, como para la ciencia.

Con desconsoladora frecuencia vemos desfilar ante la sociedad, obreros inútiles, privados de ganarse el sustento y condenados por lo tanto al hambre, a las privaciones y a la miseria, durante toda su vida. ¿Por qué esta inutilidad? ¿A qué obedece? A que el enfermo, como consecuencia de un traumatismo cualquiera, padeció un flemón sub-aponeurótico de la mano, que su médico no supo curar. ¿Qué reclamación debía hacer en conciencia este obrero al médico que le asistió?

Acaso la Sociedad de Cirujía, igual que la oftalmológica, conteste que ninguna, aduciendo esta idéntica razón que aquella aduce para denegar tal petición. Pero nosotros, siempre imparciales y procurando en todo momento obrar en justicia de-

mos que, puede o no existir razón para denegar la petición del obrero. Vamos a demostrarlo.

El título de Médico no da en modo alguno patente de suficiencia para el ejercicio de la profesión en toda su amplitud, ni todos los médicos tienen la misma capacidad intelectual, la misma habilidad manual, ni la misma práctica, ni conocen, siquiera sea superficialmente, todas las ramas de la medicina. Es decir, que el título de Médico, es el documento legal que autoriza a un hombre para ejercer dicha profesión, pero como el que lo posee *no lo sabe todo*, este título debe tener y tiene en efecto un freno, que es, la conciencia del profesional.

Pues supongamos que este obrero fué asistido por un Cirujano de reconocido prestigio, en cuyo caso, es lógico suponer que la asistencia fuera como debía ser, y por lo tanto el paciente quedó inútil porque fué imposible evitarlo; la inutilidad no fué por culpa del Cirujano, sino por las condiciones o forma del padecimiento. En este caso, la reclamación de daños y perjuicios debe ser rechazada.

¿Pero sucede así siempre? ¿Qué ha de suceder! Lo general es, que estos enfermos acudan al médico y que éste les mande cataplasmas y más cataplasmas en espera de ver un punto fluctuante donde meter su bisturí, punto que no aparecerá nunca o si aparece es cuando el proceso séptico ha hecho en la mano estragos de tal naturaleza que es imposible remediar. Otras veces, el médico reconoce la existencia de una colección purulenta muy profunda, pero no se atreve a darle salida por miedo a herir el arco palmar, y espera... y cuando él pues se abre camino, por el dorso de la mano o por el antebrazo o por donde puede, ha producido lesiones que su reparación es imposible, imponiéndose a veces la necesidad de una amputación para salvar la vida al paciente. En este caso, la reclamación de daños y perjuicios debe ser atendida. El enfermo no quedó inútil por culpa de su padecimiento, sino por culpa de su médico; y nada más justo que el daño sea reparado por aquel que lo causó.

Además de estos casos en que el responsable es el médico, por ignorancia, por atrevimiento, por necesidad o por lo que sea, hay otros muchos más graves, en que la responsabilidad del médico está muy diluida, es muy secundaria, siendo verdadero responsable directo del resultado desfavorable de una intervención o de un tratamiento, *el que fué a buscar al médico*. Veamos cómo.

Todos sabemos, porque lo vemos todos los días, que hay una porción de seres a quienes desean la muerte por momentos los mismos que los rodean, los que viven a su costa. Los médicos vemos bastantes casos de éstos, por desgracia. Ante nuestros ojos, desfilan con escalofriante frecuencia, estas escenas de ruindad, de miseria y de horror. Los matrimonios desiguales en cuanto a edad y posición, los

(1) Aprovechando la publicación de este artículo, abrimos una sección desde el próximo número que titularemos, «Correspondencia de ultra-tumba», donde insertaremos las cartas que se sirvan remitirnos, exponiendo sus quejas, aquellos cadáveres que se consideren perjudicados, por haber fallecido antes de la fecha que les correspondiese, sea por culpa de su médico, de su familia, de sus amigos o de quien fuere.

vernos, los tíos solterones, los amos sin familia y con capital, etc., dan un considerable contingente de estas repugnantes escenas. Sobre todo los yernos y los maridos de mujeres ricas, viejas y feas, constituyen la mayoría de los casos.

Pues bien, sucede con frecuencia, que uno de estos seres, de cuya muerte depende la vida, el bienestar y el porvenir de los que le rodean, padece una enfermedad o tiene una afección cualquiera que reclama asistencia médica u operación quirúrgica. El paciente, por regla general, no está para buscar al médico; ésto tiene que hacerlo una persona de la familia, uno de sus deudos, uno de los que le rodean; el marido, el yerno, el sobrino, etc., uno de los que esperan heredar, en una palabra.

¿Qué médico se dispone a buscar por lo general, el encargado de esta misión? Justo es reconocer que hay personas decentes, agradecidas y humanitarias que en un caso así, sólo se ocupan de proporcionar al paciente los medios de salvar su vida, y con la vista puesta en este fin, salen a por el mejor médico o cirujano que conocen, sin reparar en lo que cueste ni en nada; el objeto es salvar al enfermo. Pero hay, por desgracia, otras muchas que no piensan así y ante el temor de que el paciente modifique un testamento que les beneficia o haga uno que les perjudique, se disponen a buscar el médico que consideren más perjudicial, más funesto para el paciente; a aquel que creen más atrevido, más inexperto, más necesitado; al que menos garantías ofrezca para que se salve el enfermo. De este modo cumplen con la sociedad y con el mundo, con este mundo estúpido que sólo de hipocresías y de formularias apariencias vive, y satisfacen de paso sus criminales ambiciones. Cumplen ante los hombres con la ley escrita por ellos, faltando cobardemente a la Ley de la conciencia y del honor. Dan al pobre paciente un médico, que es lo que la sociedad puede exigir; pero... ¡qué médico...!

A veces este médico, que por lo general es joven, en estos casos, si después de ver al paciente no se cree capacitado para intervenir cuando de una operación se trata, propone el concurso de otro profesor más competente, en cuyo caso el más sagaz adulator o ladino, de los interesados en que el enfermo muera, se encarga de adular al inexperto Galeno, ponderando sus conocimientos, su cultura, su reconocida competencia y sobre todo, demostrándole con alagadoras palabras la plena confianza que a todos inspira. Si esto no basta y el honrado Galeno se resiste, utilizan el socorrido recurso de estimular su vanidad y su amor propio, recordándole el mal concepto que de él formaría su clientela si vieran que no se había atrevido a operar; el entredicho en que su reputación quedaría, si se vislumbrase que no se consideraba competente para intervenir. Ante estas razones son pocos los médicos jóvenes que se detienen, y echando por el camino de enmedio, se disponen a practicar la operación con gran contento de los que le estimularon.

¿Qué suele suceder en estos casos? Lo inevitable, lo previsto por aquella cuadrilla de seres inhumanos, en quienes debía estar depositada la sacratísima misión de velar por la vida de un ser tan indefenso y desgraciado como es un pobre enfermo, que la operación es un horror, un desastre; que el tratamiento ulterior es otro desastre mayor aún; que el paciente muere, ante la hipócrita expresión de tristeza y dolor de sus verdugos, de los que prepararon su tumba, de los que abrieron su fosa, ante la reprimida alegría de aquellos sus verdaderos matadores, sus cobardes asesinos, alegría oculta en la tenebrosidad de sus almas, en la hediondez de sus conciencias. Así han muerto muchos desgraciados sin que haya una ley que los ampare, sin tener una sociedad que los proteja, ¿Qué responsabilidad cabría exigir en estos casos?

Yo confieso noblemente que la contemplación de estos espectáculos, de estas escenas de dolor, han producido en mi alma muchísimo más efecto que todos los discursos pronunciados, que todas las enseñanzas difundidas, llevando a ella el convencimiento, de que no es posible, no es verosímil, no es justo, que todas estas maldades, todas estas villanías, todos estos crímenes queden sin sanción. Sus autores podrán deslizarse entre las mallas de las leyes escritas por la humanidad eludiendo la responsabilidad que les alcanza pero no es posible puedan sustraerse a las sanciones de otros poderes superiores a los del hombre. Si no hubiera otra vida debiéramos crearla, para castigar estos crímenes que en modo alguno deben quedar impunes.

Por eso para evitar esa responsabilidad íntima, la más mortificante de las responsabilidades, la responsabilidad ante sí mismo, nos permitimos aconsejar a los médicos jóvenes que por muy obligados que se vean ante la necesidad, por mucho que les estimulen su amor propio, por muy seguros que se crean en un diagnóstico; antes de tirar de bisturí, antes de echar mano a pluma y papel para escribir una receta, echen mano de la conciencia y únicamente obren cuando se vean serenamente autorizados por ésta.

Obrando así, con honradez y conciencia, podrán equivocarse alguna vez, ya que no somos infalibles, pero serán siempre médicos, como tal les tomará la sociedad y serán siempre respetados. Obrando de otro modo, dejándose engañar como chiquillos por ciertas víboras que en sociedad viven, teniendo tal vez por equivocación forma humana, podrán tener su época de ilusión y entusiasmo, pero efímera, corta, fugaz, seguida al fin de un largo período de desengaños, de desilusión, de amargura.

HUBERTO DOMINGUEZ.



¡Guerra a los caciques!

En el primer número de este BOLETIN, dije con toda nobleza y sinceridad que «estando estas columnas a la disposición de todos los compañeros, lo estaban principalmente y de un modo predilecto a la de aquellos que quisieran combatirnos o contradecir nuestras opiniones, por tener la evidencia de que, únicamente podemos aprender algo de aquel que nos contradiga; si sabe más porque nos enseñará lo que sepa y si sabe menos porque nos enseñará que no estamos equivocados.»

Me permití hacer este ofrecimiento, porque siendo mi propósito firme y decidido, procurar el esplendor y el bienestar de la clase médica, en cuya obra pongo todo mi entusiasmo y buena fe, caso de llevar equivocado el camino, nada mejor para rectificar si necesario fuese, que ver las opiniones de todos y principalmente de aquellos que piesen de modo distinto, de opuesta manera a mi modo de pensar.

Yo creo que tan enemigos del médico son los que lo persiguen por convenir así a sus particulares intereses, como los que le adulan por la misma razón. Para demostrar este aserto, he puesto, sigo poniendo y repetiré siempre como ejemplo el caso mío, eminentemente instructivo, de positiva enseñanza para todos los médicos que de él quieran aprender, no por ser mío, sino por las originales y pintorescas circunstancias que lo rodean y por la forma en que se ha venido desarrollando. Con este caso mío, he venido a demostrar palpablemente, como comprobarse puede en todo momento, que ponerse por montera a estos caciques y caciquillos que por los pueblos pululan, es la cosa más sencilla del mundo; basta sólo tener algo de dignidad y decoro profesional y cierta conciencia de sus actos. Cuando a mí me ensalzaban, me ponían por las nubes y me demostraban, — fingidamente, claro está, — un entrañable cariño, yo, que no venía con los dientes de leche, lejos de enternecerme y entusiasmarme como un colegial, decía para mi capote: «¿Qué querrá de mí esta gente?» Después, cuando como consecuencia de mi seriedad e independencia profesional, tuvieron que cambiar el disco, y veo con orgullo y satisfacción que me quitan el pellejo, digo también para mi capote: «¡Pobres gentes!» «¿Por quién me habrían tomado?», y así, con esta seriedad, con esta entereza, con esta gallardía, con esta arrogancia, que siento, hijas del concepto tan elevado que de la profesión tengo, he conseguido lo que acaso no hayan conseguido muchos; pisotear el caciquismo como despreciable inmundicia, y eso que me he encontrado sólo, o mejor dicho, me he encontrado con médicos aliados a los caciques, ¡que si encuentro quien me ayude!.....

Otra cosa importantísima he puesto de relieve con mi actitud, que no debemos

los médicos echar en saco roto, y que desde luego expongo para conocimiento de los que lo ignoren y para enseñanza de incautos, de esos médicos jóvenes que llegan a los pueblos inflados como un balón, porque los distingue y protege *desinteresadamente* el caciquillo dueño de la manada. He descubierto que los que hablan mal del médico, son por lo general los que no le han pagado; al menos a mí así me sucede. Los que no me deben nada aunque sean enemigos, suelen abstenerse de hablar, ni bien ni mal; en cambio los que he visitado gratis y los que me deben favores... ¡hay que ver cómo hablan! ¡que lengüecita la suya! Hay por aquí familia, que me ha producido en toda mi vida *once duros*, que en compensación a estos enormes ingresos, me he gastado *trescientas pesetas* en acompañarlas a Madrid a que las vea algún especialista, y como *agradecimiento* me quitan el pellejo. Bien es verdad que son seres que no tienen parentesco alguno con Séneca, Aristóteles, Sócrates etc. y por lo tanto hay que perdonarlos. Aprendan la lección los compañeros y no hagan nada gratis, por lo que pueda ocurrir. Al menos si alguien quiere hablar mal de nosotros, que haya pagado; porque no pagar y hablar mal; ¡es el colmo!

Vea pues mi ilustrado compañero y distinguido amigo el Dr. Badía, a quien con tanto gusto oía contradecirme en la reunión del Colegio, la razón de mi actitud en determinadas ocasiones, el por qué de mis ataques a los que hacen el juego a los caciques y desmoralizan la profesión; yo no voy contra ningún médico; para mí todos los compañeros son respetables, mientras sean dignos de respeto, llámense como se llamen y vengan de donde vinieren; yo voy únicamente contra el caciquismo, contra los caciques, contra esas pútridas bacterias que indignifican y desmoralizan la profesión, envenenan la sociedad y alteran la salud pública. Si con ellas salen enredadas otras personas que a su causa sirven, sean médicos o sean obispos, eso no es cuenta mía, yo no tengo la culpa; ellas que se metieron en la letrina con su cuenta y razón, que vean cómo salen, que yo no soy el llamado a sacarlas.

Lo que sí digo y sostengo, es, que en el momento en que la mitad de los médicos siquiera piensen como deben pensar; el día que se den cuenta de que sus medios de vida no están en recibir protección de un pobre ser que necesita que le protejan, sino que su vida depende únicamente del ejercicio honrado de su profesión; entonces, con este sencillo y trascendental acontecimiento, se habrá emancipado la medicina del caciquismo; el cacique y el médico habrán cambiado sus papeles, y en vez de ir el médico sombrero en mano a solicitar apoyo y protección de cualquier rudo o ineducado analfabeto, será éste el que tenga que venir humildemente a solicitar del médico los servicios de su humanitaria y noble profesión; y entonces será también el día en que, la humanidad toda, reciba a manos llenas los beneficios que

puede reportarle una ciencia tan útil y benéfica como es la ciencia médica.

Plenamente convencido de la bella realidad que encierra esta creencia, que constituye en mí una verdadera obsesión, por esperar de ella el porvenir de la clase, es por lo que no abandonaré mi empresa en modo alguno, siguiendo impertérrito mi camino; sólo, si nadie me ayuda; acompañado, si me veo honrado con el apoyo de algún compañero, pero sin retroceder jamás; haciendo constar noblemente que, por lo que a este pueblo se refiere, vengo observando que, no es en realidad el tenido por cacique el más cacique y culpable por lo tanto de estas cuestiones, sino que los principales culpables son los que le rodean, los que remueven con frecuencia las aguas para vivir ocultos en el cieno que levantan, los indocumentados, los vagos, los que procuran excitar al cacique, adular al médico y vivir, o intentar hacerlo por lo menos a costa de los dos, sacando al uno las migajas que puede a fuerza de rastrear, y empleando idéntico procedimiento para no pagar al otro. ¡Y que mantenga la sociedad a esta inmundicia!

Si los pueblos abrieran los ojos y vieran sin pasión lo que les beneficia, si se dieran cuenta de la importancia que tiene la salud pública, emplearían el único procedimiento eficaz existente para conservarla; residenciar a los vagos y aduladores, como dañinos para la sociedad y perseguir el esquirolismo médico, como perjudicial para la salud pública.

H. DOMÍNGUEZ



Tratamiento de las Bronquitis crónicas por la combinación de la heterovacuna con el método de Duncán.

El gran número de Bronquíticos crónicos que por aquí existen, sobre todo en esta época del año, y la rebeldía del padecimiento a todos los tratamientos empleados, así como la frecuencia con que estos enfermos suelen terminar en tuberculosos, hizo que desde hace bastantes años fijásemos nuestra atención en esta clase de pacientes, procurando documentarnos, todo lo extensamente que nuestra escasa cultura y los medios de que disponemos lo permitieran, pudiendo al fin afirmar como resultado de nuestros trabajos, que no estamos descontentos de nuestra labor, ni de los resultados obtenidos.

Desde que empezó a ponerse en práctica el tratamiento de esta enfermedad por la autovacuna, mejor dicho, desde que a nuestra noticia llegó este procedimiento terapéutico, empezamos a sentir por él cierta simpatía, lamentando no poder utilizarlo por las invencibles dificultades que a ello se oponían, ya que no estando aún instalado por entonces nuestro Laboratorio provincial de Higiene y siendo poco menos que imposible hacer llegar los esputos

a un Laboratorio de Madrid en buenas condiciones, la preparación de la autovacuna era empresa irrealizable. Sin embargo de estas dificultades, decididos a abordár resueltamente el asunto, nos trasladamos a Madrid, donde teníamos noticias había bastantes profesores que estaban empleando con lisonjeros resultados este método curativo, dirigiendo nuestros primeros pasos al centro donde médicamente nos hemós formado y por el que tenemos todas nuestras simpatías, al Hospital de la Princesa, donde esperábamos muy fundadamente ser orientados en nuestros deseos, por los competentes Profesores allí existentes.

No fueron defraudadas nuestras esperanzas, pues, casi al dar nuestros primeros pasos resolvimos el problema. Al llegar, nuestro primer encuentro fué con el malogrado Dr. Pérez Florez-Estrada, amigo excelente y clínico ilustradísimo a quien expusimos el objeto de nuestro viaje y nuestro firme propósito de no regresar, sin haber adquirido sobre el particular la suficiente ilustración y sin haber convenido con un Laboratorio la forma más adecuada de remitir los esputos para la preparación de la autovacuna.

La circunstancia de estar dicho Profesor por entonces, preparando unos trabajos sobre este particular para ser publicados, hizo que a ellos dedicáramos nuestra atención y que solicitáramos de su amabilidad nos ilustrase ampliamente sobre ellos, desistiendo desde luego seguir por otros derroteros. Con su proverbial bondad se prestó solícito a complacernos, dándonos a conocer el Procedimiento de Duncán para el tratamiento de las Bronquitis crónicas y estados catarrales del aparato respiratorio, sobre el que había hecho algunos trabajos que estaba ordenando para publicar en «Los progresos de la Clínica» donde aparecieron más tarde. Ante esta circunstancia, abandonamos el propósito que llevábamos, de estudiar el tratamiento de las Bronquitis por la vacuna autógena y decidimos imponernos en el método de Duncán, que al fin es un tratamiento más sencillo por vacuna autógena.

La técnica del método es sencilla y se encuentra al alcance de todos los médicos: Consiste en tomar 3 grs. 88 centigramos de esputo y mezclarlos con 31 grs. 8 centigramos de agua destilada, agitando fuertemente esta mezcla, con el fin de que se destruyan los agentes microbianos y dejen en libertad las endotoxinas. Hecha la mezcla y fuertemente agitada se deja en reposo un período de tiempo que varía entre veinticuatro a setenta y seis horas como término medio. Pasado este tiempo se filtra cuidadosamente esta mezcla, a ser posible a través de una bujía de Berkefeld, obteniéndose un líquido espeso de aspecto acuoso, que es el que se emplea para la inyección. Creemos inútil decir que tanto el frasco donde se recoge el esputo como las vasijas donde se hagan las restantes manipulaciones habrán sido sometidos previamente a una escrupulosa esterilización.

El tratamiento consiste en inyectar líquido así preparado y obtenido, en el tegido celular subcutáneo de la pared torácica preferentemente, en cantidades variables, según los individuos, estado de las lesiones y fecha del padecimiento, así como de la reacción obtenida con la primera inyección y mejoría experimentada al cabo de un determinado número de ellas, (cuatro o seis como término medio). Es decir, que no es posible someterse a reglas fijas, lo que constituye tal vez, la base principal de los fracasos obtenidos y de que los detrac-

tores del método, (entre los que nos contamos en parte) hayan ido aumentando.

Aconseja su autor empezar por una dosis inicial de 12 centigramos, la que no debe rebasarse nunca en la primera inyección y con la que observaremos la reacción experimentada; aumentando después progresivamente cada día, la cantidad inyectada hasta llegar a 55 centigramos, cantidad que no se debe rebasar. De la buena aplicación del tratamiento y atenta observación del enfermo, depende el resultado obtenido, lo que hace por lo tanto que a pesar de su aparente sencillez, sea de difícilísima aplicación y de muy desiguales resultados este método terapéutico. Sucede con él, lo que con el de la congestión pasiva de Bier, en el tratamiento de las tuberculosis articulares, que el éxito obtenido, depende del tino o sagacidad que se tenga para emplearlo, habiendo quien no da pie con bola, como se dice vulgarmente, en ningún caso, mientras a otros no hay uno que les falle; es decir, que lo que Letamendi llamaba *intuición genial*, demuestran estos casos, ser una indiscutible realidad.

Con los datos adquiridos, regresamos a casa, dispuestos a aplicar con toda escrupulosidad el tratamiento, empezando por buscar la valiosa colaboración del farmacéutico de esta localidad D. Gregorio Alvarez para la preparación del esputo, quien penetrado de la técnica cumplió su cometido con exquisita meticulosidad, ya que en cuantos casos lo aplicamos no hubo accidente alguno, lo que demuestra la admirable preparación del líquido inyectable.

Más de cincuenta enfermos tratamos, sin separarnos en absoluto de la técnica aconse-

jada, pudiendo asegurar que los resultados no fueron todo lo lisongeros que esperábamos y que su autor afirmaba haber obtenido.

Para no cansar con la exposición de historias clínicas numerosas haremos un resumen o extracto de nuestras observaciones. En tres o cuatro enfermos, hubo ligera reacción febril en la primera inyección; en 4 o 5 no se pudo pasar de 30 centigramos por aparecer, en cuanto rebasábamos esta dosis, una intensa reacción febril, subiendo la temperatura por encima de 39,5; en todas intentamos rebasar la dosis final máxima de 55 centigramos que el autor aconseja, y al rebasarla lo único que observamos fué ligera elevación térmica, la que nos obligó a interrumpir el aumento de dosis; en tres enfermos la dosis final fué duplicada sin notarse trastornos de ninguna especie, siendo los resultados obtenidos: cinco o seis curaciones, bastantes mejorías, algunos casos no influenciados por el tratamiento y ninguno en que éste fuera contraproducente o perjudicial; es decir, un 10 por ciento aproximadamente de curaciones, un 60 por ciento de mejorías, y un 30 por ciento en que los resultados fueron nulos.

Como se ve, estas cifras, no acusaban resultados que hicieran concebir grandes esperanzas en el empleo del procedimiento, lo que nos obligó a abandonarlo, pensando en emprender otros derroteros. En estas circunstancias y cambiando un día en Madrid, impresiones con el Dr. Alvaro sobre el particular, nos aconsejó este eminente clínico, especialista en enfermedades del aparato respiratorio el empleo del Bronquiopsón en el tratamiento de estas Bronquitis, preparación microbiana que todos conocen, y consistente, en la administración gra-

dual y progresivamente creciente, por vía hipodérmica, de cultivos de gérmenes de la flora microbiana del aparato respiratorio.

En los enfermos tratados por el método de Duncán, no hicimos selección alguna; en los tratados con el Bronquiopson sí; aquí eliminamos todos aquellos en que apreciamos lesiones o complicaciones cardio-vasculares. Desconocíamos el preparado y una elemental y justificada prudencia, nos hizo ser parcos en su administración.

Tratamos por este procedimiento treinta o cuarenta enfermos, sin que tampoco podamos felicitarnos de haberlo empleado. Sus resultados fueron en realidad inferiores a los obtenidos con el método de Duncán; ninguna curación, bastantes mejorías y ningún contratiempo. Esto fué todo.

(Continuará)

LA ÚLTIMA GUARDIA

Eran las 9 de la noche y finalizaba Septiembre. El día anterior había hecho mis ejercicios de grado; ya era médico, ya se habían cumplido mis anhelos, y las ilusiones de mi vida eran realidad y al terminar mi carrera era la última guardia que había de hacer en el hospital clínico de la facultad, al que pertenecía como alumno interno. Había convidado a cenar a mis compañeros de guardia; juntos habíamos cele-

Especialidades del Laboratorio **A. GAMIR S. Fernando, 34.-VALENCIA**

SIL-AL

SILICATO DE ALUMINIO FISIOLÓGICAMENTE PURO

Desinfecta, neutraliza, cauteriza y protege al estómago según las condiciones en que éste se encuentre al recibirlo. Con su uso cesan los dolores, los eruptos ácidos, los vómitos, se regulariza la digestión y aumenta el apetito.

INDICACIONES:—En todos los estados de hiperacidez e hipersecreción, ya sean de origen nervioso o dependientes de alguna lesión orgánica.

Dosis y modo de usarlo: Según indica el prospecto que acompaña a cada caja, salvo prescripción facultativa especial.

SIL-AL belladonado, para usar según prescripción facultativa.

PAPELES DE YHOMAR

Bacteroterapia láctica y antisepsia intestinal

Los papeles Yhomar están indicados en los desórdenes Gastro intestinales con alteraciones de la flora intestinal.

En las diarreas de los niños de pecho, que pueden evitarse usándolos como preventivo.

En las enteritis, aguda y crónica.

En la fiebre tifoidea.

En las afecciones cutáneas, dependientes de trastornos gastro intestinales.

DOSIS: Tres o cuatro papeles al día; pudiendo tomarse en dosis mucho mayores, por carecer por completo de toxicidad.

BARDANOL

Indicado como insustituible en el tratamiento de todas las infecciones producidas por el Estaphilococo, **Forúnculos, Antrax, Osteomielitis, Supuraciones del oído, etc. etc.**

Su acción es superior a la de todos los tratamientos hasta hoy conocidos, incluso al de Wrigth y Bedroka por las auto-vacunas sensibilizadas.

A las pocas horas de usarse desaparece o disminuye el dolor en los Forúnculos, Antrax, Erisipela, etc.

De sabor agradable y aromático.

DOSIS: Tres cucharadas al día, antes del desayuno, comida y cena. (Para variar estas dosis, consúltese con el médico.)

Aceite de Hígado de Bacalao

(según la F. E. de la Farmacia A. Gamir)

Aceite de Parafina

(según la F. E. de la Farmacia de A. Gamir)

Parafina líquida

Vaselina líquida

PRODUCTOS

IBYSS

SUEROS, VACUNAS ESTUCHES PARA REACCIONES

SUEROTERAPIA ASOCIADA

BRONCONEUMOSERUM

(Suero neumo-diftérico optoquinado)

Suma a la acción de las ptomainas de origen equino y antidiftérico, la neumocócica y la quimioterápica de la optoquina, para todos los procesos bronco-pulmonares.

Modo de aplicación y dosis: Véase la instrucción. — Muestras y literatura a

IBYSS

Bravo Murillo, 45, MADRID—Apartado, 897

brado con un pequeño banquete, el fastuoso suceso y sólo en el cuarto de guardia aspiraba el humo de un modesto habano, dejando a mi fantasía correr a su libre albedrío, en ese estado en que despiertos soñamos.

Como la noche aun era algo calurosa, las ventanas permanecían abiertas y de pronto me sacó de mi ensimismamiento el rasgueo de una guitarra y el melancólico sonido de una copla andaluza, emitida con delicado sentimiento y estilo clásicamente sevillano. No sé por qué, pero es el caso, que la música, siempre ha ejercido en mi ánimo, fuerte impresión y aquella noche más, porque me despedía de mi vida estudiantil. En aquel lugar habían pasado tres años de mi carrera, allí al lado de eminentes clínicos, se había forjado mi alma de médico, allí había aprendido de modo práctico en el enfermo, las mejores lecciones de patología y allí también se habían deslizado horas deliciosas, fraguando planes de distracciones, de entretenimientos varios y de episodios juveniles, que después jamás se olvidan; ya acababa todo lo alegre y en adelante mi vida tenía que ser seria y lo que entonces yo no suponía, penosa; sí, penosa porque la vida del médico, vista por dentro, nada tiene de envidiable por más de un concepto. A la copla aludida, se sucedieron varias, y a mi oído llegaron también los ayes y lamentos de los enfermos de las salas próximas, haciendo contraste con la alegría de los que haciendo tertulia, cantaron antes. En la vida siempre contrastes: al lado del que

goza, el que gime; al lado del alegre, el triste; al lado del gozo, el dolor, y siempre igual.

Me levanté y como todas las noches de guardia y en mi cualidad de más antiguo, empecé lo que llamábamos la ronda, o sea la inspección ocular de cuanto pasaba en las enfermerías. Nada de particular en ellas, a excepción de clínica médica primer curso, en que un viejecillo cardiaco en plena fase de asistolia, casi agonizaba; su cara voltuosa, la nariz afilada con un rapidísimo aleteo de sus ventanas nasales, extremada ansiedad respiratoria, la boca abierta cuanto podía, para aspirar con avidez el oxígeno del aire, un sudor viscoso que cubría su cuerpo y la inteligencia despejada en extremo, como sucede en estas enfermedades, quizás aún más que lo ordinario, por ser los últimos destellos de las funciones cerebrales o por mejor decir, a mi modo de pensar, por ser el alma luchando por dejar el mísero cuerpo que la aprisiona; breves momentos contemplé aquel triste cuadro y seguí mi camino, a reunirme con mis camaradas para disponer todos los servicios nocturnos de la guardia y descansar algo si se podía, pues las más de las veces trascurren en vela.

Nos disponíamos a recogernos, cuando un aviso de maternidad me hizo acudir presuroso a aquel departamento en donde una primeriza reclamaba mis auxilios; tanto como hoy me molesta, me agradaba en aquel entonces todo lo que se refería a tocología, así es que al salir de San Carlos llevaba yo en mi bagaje científico, una

práctica obstétrica más que regular, como no tienen muchos médicos en varios años de ejercicio profesional. Examinada la paciente ví que se nos preparaba la noche que había de ser de prueba; primípara, algo de estrechez pélvica, rigidez vulvar y además inercia uterina. Preparamos, fórceps, anestesia y material de cura, truseau obstétrico completo y pasamos a maternidad. Grandes fueron los obstáculos, pero logramos ver el éxito coronado, la ciencia triunfó y un nuevo ser que nos aturdió con su llanto, hizo acto de presencia en este valle de lágrimas; engatillamiento de placenta, hemorragia post partum, todo lo peorcito del caso, pero todo vencido, sintiendo en nuestros corazones juveniles un regocijo extraordinario, la satisfacción del deber cumplido, la alegría del éxito, y cansados y rendidos tornáramos a nuestro cuarto comentando los accidentes del caso y haciendo castillos de naipes, sobre el futuro ejercicio profesional. Nuevamente proyectamos descansar y de nuevo, aviso para Médica 1.º curso el viejecito se moría y en efecto, a nuestra llegada apenas si pudimos recoger el último suspiro de aquella vida que se fué, contrastando también en este caso con la vida que vimos comenzar hacía unos momentos.

Treinta y cuatro años han pasado desde entonces. ¡Cuántos casos he visto después! ¡Cuántas ilusiones marchitas, cuántas decepciones experimentadas de orden profesional! ¡Cuántas alegrías amargadas con la ingratitud de los humanos! Pero no he podido olvidar aquella noche; en mi corazón está aún vivo y fresco el recuerdo de mi última guardia.

ANTONIO HERNÁNDEZ.

Diciembre 1923

Ya tenemos los libros famosos

Desconozco en absoluto la forma de tributación que tendrán las diferentes industrias, oficios, profesiones etc. con que los hombres se ganan la vida; pero lo que sí me atrevo a asegurar es, que no habrá ninguna, en que la tributación al estado, se haga en forma tan ofensiva, tan denigrante y tan depresiva como se hace por la clase médica. Como también me atrevo a suponer que, ninguna colectividad soportaría forma tan vejatoria como la impuesta a tan respetable y sufrida clase.

Parece ser, así como si el médico, sobre todo el que ejerce fuera de las grandes capitales, no tuviera derecho a ganar para vivir, o que lo poco que gana a costa de mil penalidades, es mal ganado, mal adquirido. No otra cosa puede suponerse a juzgar por el tesón con que los hombres de gobierno dirigen sus ataques contra el bolsillo del pobre médico.

Había una forma de tributar, más mala

que buena, pero al fin, forma única cual era la patente. Con esta forma contributiva, salía perjudicado, como siempre, el más humilde, el que con más trabajo obtenía de la profesión menores rendimientos; y como si esto fuera poco, sin duda para mofa y escarnio de esta pobre víctima de la sociedad y de los caciques, se le ocurrió a un Ministro crear el impuesto de utilidades, impuesto que para los médicos es más ofensivo que un tiro propinado por la espalda.

Aportaremos razones demostrativas de que esta afirmación no es exagerada. Si la patente que satisface un médico, crecida en extremo, representa por ejemplo el ocho o el diez por ciento de sus ingresos, no hay que hacer nada, la abona y nada más, que es lo que sucede a la mayoría de los médicos que ejercen en los pueblos; y la Hacienda tan contenta. Si dicha patente en cambio, representa menos del cinco por ciento de dichos ingresos, ¡ah! entonces la Hacienda interviene, hace una liquidación con arreglo a dicho cinco por ciento y se aumenta sobre la patente lo que corresponde satisfacer. ¡Habrà puñalada más traicioneramente dirigida al bolsillo de un hombre honrado! ¡y habrá mansedumbre más indigna que la de aguantar estúpidamente semejante atropello! Es decir, que si un pobre médico gana visitando en un pueblo de ocho o diez mil habitantes, dos mil pesetas (y los hay que ganan menos) o tiene que mendigar a sus compañeros el favor de que le dejen ejercer sin obtener patente, con lo que se sitúa fuera de la Ley y en un continuo compromiso, o tiene que pagar tres-

cientos o más pesetas de patente, según la cuota que tenga asignada el pueblo y los médicos que en él ejerzan, con lo que viene a pagar el 12 o 15 por ciento de sus ingresos.

¿Es esto justo? ¿es esto razonable? ¿es equitativo? Esto lo que es, es el atropello más escandaloso que se puede cometer con un ciudadano; atropello con el que parece perseguirse una sola finalidad; la de que el pobre médico no pueda ahorrar en su vida una peseta ejerciendo su profesión y vea en perspectiva al llegar a la vejez como premio a su vida de honradez y trabajo, que tiene que implorar la caridad pública si quiere vivir. Bonito porvenir para un hombre que ha gastado sus energías y su vida en estudiar y ejercer una carrera a la que no hay otra que supere en importancia y utilidad; una carrera a la que todo el mundo se cree con derecho a disfrutar de sus beneficios; a la que nadie en cambio, se cree en el deber de remunerar dignamente; a la que todos creen que debe tener como remuneración una ridícula y despreciable limosna, cual es la denigrante iguala; a la que no ampara el Estado; a la que no respeta la sociedad; a la que sin embargo de todo esto, saquea inhumana y despiadadamente la Hacienda, mermándole sus ridículos ingresos.

Si los médicos tuviéramos vergüenza; si a nuestra profesión la considerásemos profesión digna; si tuviéramos siquiera el más ínfimo concepto de lo que es el decoro profesional; si tuviéramos espíritu de clase, ¿consentiríamos esto, que no lo consienten ya ni los vendedores de periódicos?

¿Qué habíamos de consentir! ¡Nos revelaríamos todos, digna y decorosamente, rasgaríamos heroicamente nuestro título, si ni el Gobierno ni la sociedad sabían respetarlo; y ejerceríamos cualquier profesión, ¡cualquiera!, antes de ejercer con tanto vilipendio, esta tan digna que hemos tenido la desgracia de elegir y que no sabemos hacer respetar.

Pero este bello ideal no es factible; desgraciadamente, no es realizable; convencidos estamos de que constituye una ilusión pretenderlo. Los médicos ni saben defenderse, ni precisamente por esta razón, pueden encontrar quien los defienda; ya lo decíamos en un artículo que publicamos en el número 3 de este BOLETIN titulado «El parto de los montes»; ya nos convencimos plenamente, si alguna duda nos quedaba, después de publicado dicho artículo. Allí nos permitimos hacer un llamamiento a los médicos de la provincia, suplicándoles tuvieran la bondad de comunicar qué tendencias sustentaban, «si las de dejarse atropellar por quien se le antojase o las de defender a todo trance los intereses y la dignidad de la clase». La respuesta no pudo ser ni más elocuente, ni más categórica: Nadie contestó. ¡Cobardes!

Ya tenéis ahí pues el premio a vuestra conducta. No ejerciendo más que una profesión, tributáis por dos conceptos, para pagar, no por el que más convenga a vosotros, no; por el que más convenga a la Hacienda.

A los cobardes, el atropello; a los siervos, el látigo; a los indignos, el desprecio; a los mansos, la cayuuda. No os podreis

Este periodico se publica con la Censura Militar.

MUY IMPORTANTE

A requerimiento de algunos compañeros y de cierta parte de público que, el más insignificante gasto extraordinario desnivela su presupuesto económico, de tal forma que le imposibilita la marcha normal de su vida, ponemos en conocimiento de los compañeros y del público que, a partir del día 1.º de Enero próximo se establecerá en este Sanatorio, una Consulta pública gratuita, de Cirujía general, vías urinarias y enfermedades de la matriz todos los domingos, de 11 a 1.

Los enfermos pobres, asistentes a esta consulta, serán operados gratuitamente en el Sanatorio, abonando únicamente los gastos del material empleado.

ARTRITINA

El tratamiento más racional de la Diatesis úrica, artritis, Reumatismo, Gota, Litiasis Renal.

Impide la formación y el acúmulo del ácido úrico. — Neutraliza, oxida y solubiliza dicho agente, facilitando la función de los aparatos eliminadores. — Tiene una poderosa acción diurética. — Es antiséptica y microbicida. MUESTRAS Y LITERATURA A LOS SEÑORES MEDICOS

LABORATORIO QUIMICO-FARMACEUTICO DEL

Dr. VICENTE Cartagena, 16. Madrid

quejar. Tenéis lo que merecís. Los compañeros poderosos, al festín; a esos no afecta el tributo. Los humildes, ¡a morir de hambre!

Ese es el respeto que merece nuestra clase. Esa es la consideración que se tiene a las personas decentes.

H. DOMINGUEZ

Sanatorio Quirúrgico de Almagro

Sección Económica Especial

para Enfermos Pobres

Teniendo en cuenta las dificultades que muchos enfermos tienen para trasladarse a Madrid a ser operados, o la natural repugnancia que les inspira el ingreso en un Hospital, hemos accedido al ruego que repetidamente nos han dirigido amigos y clientes y desde esta fecha inauguramos una Sección económica especial para los enfermos pobres,

con sujeción a las bases siguiente:

Los enfermos que acrediten ser pobres con certificado de la Alcaldía del pueblo de su residencia y de su médico de cabecera, serán operados, mediante el pago anticipado de *doscientas cincuenta pesetas*, en cuyo precio va incluida la estancia en la clínica durante diez días, alimentación y cuantos medicamentos y materiales de curación sean necesarios.

Caso de necesitar algún operado más de diez días de estancia, abonará el exceso arazón de *cinco pesetas diarias*.

Teniendo en cuenta lo económico del precio, el ingreso en la Clínica se hará cuando el Director lo disponga, con el fin de practicar las operaciones en días determinados y con sujeción a un orden fijo que facilite el trabajo.

Para el ingreso en la Clínica, es condición indispensable haber sido reconocidos previamente por el Director.

Los enfermos que por virtud de su estado tengan dificultades para asistir a la consulta a ser reconocidos, podrán solicitar el ingreso por correspondencia, acompañando Diagnóstico de su enfermedad expedido por el médico de cabecera.

Horas de Consulta:—De 11 a 1.—
Días laborables.

TIP. DEL ROSARIO.--ALMAGRO

FELIZ

AÑO

NUEVO

SUERO VEGETAL

(RADIOACTIVO)

Las madres agradecerán a usted que emplee las Inyecciones absolutamente indoloras, insustituibles en el tratamiento de la **Tos ferina** y de toda clase de toses y disneas

STOMOPHILE

ESPECIFICO DE LAS HIPERCLORHIDRIAS

Dosis:—Un paquete diluido en un poco de agua, al final, o una hora después de las principales comidas. Tomar inmediatamente después, una infusión caliente (tila manzanilla, hojas de naranjo o menta.)

LACTOPATOL

Alimento natural y científico para enfermos, convalecientes y ancianos.—Reemplaza con ventaja a la leche en los enfermos sometidos a régimen lácteo.—Se expende en botellines cerrados a la lámpara para evitar toda contaminación. :: :: **Dosis:** Las mismas que para la dieta láctea

QUINBY

El tratamiento por excelencia de la sífilis.—Se usa en inyecciones intramusculares profundas, indoloras. No produce estomatitis ni reacción

LACTOPAIDOL

Biberones con leche de la misma composición que la de la madre PARA A CRIANZA DE NIÑO DE PECHO cerrados a la lámpara, para evitar toda contaminación. :: ::

RADIOPECTOL

ESPECÍFICO DE LA TOS

Elixir radioactivo de extraordinaria eficacia en el tratamiento de las enfermedades de la garganta y del aparato respiratorio :: ::

PANFEBRINE

Tratamiento del paludismo y de toda clase de fiebres

LOS PEDIDOS, MUESTRAS y LITERATURA A

EDITORIAL PLUS-ULTRA

Argensola, 2.—MADRID.—Teléf. 26-80 M.